

1867


ACTA
DE LA
SESION PÚBLICA INAUGURAL
DE LA REAL ACADEMIA
DE
BUENAS LETRAS DE BARCELONA,

CELEBRADA EL 20 DE NOVIEMBRE DE 1867.



BARCELONA.
IMPRENTA DE MAGRIÑÁ Y SUBIRANA,
CALLE DE FERLANDINA, NÚM. 47.
—
1868.

Reial Acadèmia Bones Lletres



1004418839

R. 22.530
61903.044

ACTA DE LA SESION.



Acordada en sesion preparatoria la celebracion de la inaugural; señalados lugar y dia é invitadas previamente las autoridades, corporaciones y personas que por derecho ó para mayor lucimiento del acto podian concurrir, abrióse la sesion á las 8 de la noche bajo la presidencia del Sr. D. Manuel Milá; habiéndose dignado honrarla con su presencia el Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, Capitan general del Ejército y Principado de Cataluña, y á la vez dignísimo socio correspondiente de esta Academia, el M. I. S. Alcalde corregidor D. Juan Lopez de Bustamante, una comision del Excmo. Ayuntamiento constitucional, y gran número de individuos de la Academia y de la Sociedad del Ateneo, con otras personas respetables.

Habiendo el Sr. Presidente declarado abierta la sesion, dióse cuenta por secretaría de los actos de esta Academia durante el año anterior con la reseña que separadamente se inserta. En seguida el socio de número D. Joaquin Rubió y Ors, encargado del discurso de apertura, ocupó agradablemente al auditorio, exponiendo algunas consideraciones sobre el sentimiento de la naturaleza, estudiándolo en su desarrollo histórico y haciendo notar la superioridad que en su expresion poética tienen las modernas literaturas cristianas sobre las antiguas. En seguida el Sr. Presidente dió las gracias á la distinguida concurrencia, y habiendo declarado abierto el año académico de 1867 á 1868, se levantó la sesion á las diez y cuarto. Barcelona 25 de noviembre de 1867. — El Presidente, MANUEL MILA. — El socio Secretario 1.º, JOSÉ PUIGGARÍ.

DISCURSO

DEL

SEÑOR SECRETARIO D. JOSÉ PUIGGARÍ.

SEÑORES:

Previniendo el artículo 26 de los Estatutos por que se rige esta Academia la inauguracion de sus funciones anuales por medio de un acto público y solemne, hoy, como el año pasado, tenemos la satisfaccion de celebrarlo en medio de una distinguida concurrencia.

Si bien los cuerpos de la clase del presente se consagran á sus tareas privadamente, en comunicacion mútua de trabajos y estudios entre los socios que á él pertenecen, ó si acaso su vida sale al exterior es solo en la limitada esfera de la accion literaria comprendida en su instituto; bueno es que el público haya alguna razón de sus actos, todá vez que el último resultado de ellos mira al interés procomunal, siendo objeto exclusivo de esta Corporacion, segun consignan los indicados Estatutos, cultivar las Bellas Letras en general, y especialmente aquellos ramos del saber que mas puedan contribuir á ilustrar la Historia de Cataluña.

Cuantos me oyen saben el gran desarrollo, así moral como material, á que nos llevan el progreso y la actividad de nuestra época. Los pueblos rivalizan para aventajarse unos á otros; la emulacion se ha establecido en todos los terrenos; donde quiera, aislado ó en colectividad, vese el incesante esfuerzo de la especulacion llevada hasta el último limite de lo posible, quisaz hasta mas allá de lo justo. No hablaré de intereses materiales; pero en el campo del estudio, de la ciencia, de las letras, ¿cuánta no es la aplicacion del ingenio humano; qué extension no se ha dado á los conocimientos de todo linaje, los cuales, reducidos apenas hace medio siglo á un círculo de iniciados, gracias al poderoso movimiento del actual, han venido á ser patrimonio de todos, desamortizándose en cierto modo y derramando la ilustracion hasta las clases ínfimas de la sociedad?

El ejercicio del derecho de emitir y publicar cada uno sus ideas, es un resorte inmenso así en grandes bienes como en grandes males: sin embargo no puede negarse que la publicidad ha abierto dilatadísimos horizontes, estableciendo el comercio de las inteligencias y hollando el hombre, que no vive solo de pan, vias desconocidas de explotacion y perfeccionamiento.

Llevemos la vista á las naciones extranjeras que sin duda nos adelantan en este ramo como en otros muchos. ¡Qué cúmulo de publicaciones no salen de sus prensas! ¡qué novedad y profusion de estudios en periódicos, en folletos ó en libros realzados con todo el prestigio del arte aplicado á la tipografía! ¡qué multitud de literatos y escritores, improvisados unas veces, inveterados otros en un ejercicio que de grado en grado ha ido acrecentando su reputacion, distinguidos muchos en especialidades que bajo nueva fase han rectificado preocupaciones y errores, depurando verdades de resultados fecundísimos en el vasto campo de la literatura!

Y este movimiento no solo es individual: tambien allí los cuerpos sábios, las sociedades y academias, secundadas en mayor esfera por otras sociedades de estímulo, asambleas, congresos, y especialmente por los mismos gobiernos, dan la mano á la juventud estudiosa y á los literatos de profesion, abriéndoles sus recintos, ofreciéndoles concursos y certámenes, señalándoles remuneraciones honoríficas ó pecuniarias que, además de promover su actividad, estimulan su amor propio y sirven de digno premio á sus afanes.

Y esto conduce naturalmente á vindicar á tales corporaciones de un cargo vulgar que se les hace. Las Academias, dicen algunos, perdieron ya su razon de ser: su organizacion se ha bastardeado; su prestigio ha decaído; la rutina ó el preceptismo las enerva; el escritor independiente se burla de sus ínfulas ó menosprecia su doctrina.—Es en pequeña escala la eterna, y hoy mas que nunca,

porfiada lucha del individualismo contra el mayor número; del orgullo contra lo que en todos tiempos sirvió de base á las sociedades, el prestigio de la autoridad ayudado de la tradicion experimental. Pues qué, ¿el ingenio emancipado es dueño de volar en todas direcciones, sin miedo de que, llegando cerca del sol, se derritan sus alas, como en la antigua fábula de Icaro? ¿Acaso la libertad trajo consigo la perfeccion necesaria para ejercerla? ¿Son los hombres ménos débiles y falibles desde que locamente se abandonan á su propio albedrío?

Apuradamente grandes calamidades de nuestros tiempos son hijas del desórden que en la esencia de las sociedades viene ocasionando el uso abusivo de la libertad. Ella verdaderamente es un gran beneficio, un don del cielo que no debe coartarse; pero ¡ ay del dia en que á nombre de la misma se relajen todos los vínculos ó se sacudan todos los frenos! ¿No vemos acaso desde los primeros lazos de la familia hasta las mayores atribuciones del ciudadano y del hombre público que la libre accion debe ser moderada, siquiera para evitar excesos resultantes de ignorancia ó de mala fe? ¿No es por eso que el padre y el marido tienen sus derechos, los tienen los poderes públicos, las autoridades civiles y religiosas, los individuos y las naciones en su mútua correlacion?

Ahora bien: siendo tan generalizado, y mas que generalizado trascendental el uso de la palabra escrita, no cabe sostener en buena lógica que este uso puede eximirse de igual templanza ó regulacion. El libro habla á todas las inteligencias, se extiende á todas partes: él encierra el alimento ó el veneno del espíritu: él propaga la verdad ó el error, generalmente bajo formas seductoras, entregado en manos de la inocencia que incautamente le recibe, ó introducido sin prevenicion en el seno mismo del abandono y de la confianza.

¿Quién no reconoce el deplorable efecto ocasionado ya por las demasias de la prensa, peores mil veces que los discursos tribunicios ó que las conversaciones apasionadas?

He dicho que el libro tomaba á veces formas seductoras: esto quiere decir que es susceptible de recibirlas. En efecto, el componer escritos es un arte; arte notable que abarca un gran periodo de la enseñanza establecida en las escuelas; arte completo que abraza lo mas importante del saber humano; arte sublime que comprende la literatura, la elocuencia, la poesia, la filosofia; que ha hecho célebres á los Homeros y Virgilibios, que ha dado inmortalidad á los Cervantes y Lope de Vega. — ¿Hay nada mas encantador que un escrito cuando llena todas las condiciones del arte en el género á que pertenece?

De aquí se desprende otra consecuencia, y es que el arte de escribir ofrece diversas condiciones y géneros. Desde las elucubraciones mas profundas hasta el

asunto mas frívolo, todo cabe en su jurisdiccion: la forma tiene en él tanta importancia como el fondo: semejante á la pintura, á la escultura y demás artes liberales, está sujeto á la estética, que es la expresion de la belleza, en propiedad, simetría, justa proporcion, armonía de las partes en el todo, pureza, gracia, elegancia y otras cualidades constitutivas de lo bello. Muy difícil es alcanzarlas juntas; por esto el profesorado literario, al igual que sus similares, exige mucho estudio de buenos modelos, mucho correctivo y ejercicio práctico, hasta crearse un hábito, el estilo y el género que caracterizan al artista.

Y aquí es donde principalmente entra la accion de las Academias. Celadoras en cierto modo de la integridad y pureza del arte, á ellas cumple la difusion de la buena doctrina, la conservacion de los sanos principios, la indicacion de los mejores modelos por medio del ejemplo ó del consejo, de la correccion ó del atractivo. No á otra cosa se dirigen sus constantes esfuerzos, ni á otro fin señalan estímulos y recompensas, ó ejercitan la iniciativa y la censura en su cometido especial.

Hé aquí demostrada á grandes rasgos la razon de ser de estos cuerpos privilegiados que, desde que la humanidad salió del oscurantismo, fueron organizados por los gobiernos, ó se organizaron ellos mismos para llenar una necesidad que indudablemente han llenado con ventajosos logros en sus órbitas diferentes. Inútil es que señale ninguna de las principales Academias antiguas ó modernas. Ciñéndome á la de Buenas Letras, diré que, allá por el último tercio del siglo xvii, varias personas estudiosas, casi todas de la principal nobleza, empezaron á reunirse bajo el modesto título de *Desconfiados*, para cultivar la literatura útil, singularmente en el género histórico, que tanto interés ofreció siempre á los catalanes por el noble blason de sus mayores y de las hazañas consignadas en los anales del país. Ya entonces distinguió esta aficion á los Pinós, Dalmasés, Pegueres y Zaballás con otros ilustrados individuos del alto clero y diferentes religiosos tan notables en eminencia como en virtud y saber. Decaída la Academia por algun tiempo, el año 1729 se reorganizó, mereciendo la honra de ser presidida por el Excmo. Sr. Marqués de Risbourg, Capitan general de este Ejército y Principado, á quien sucedieron en la presidencia el Rdo. Dr. D. Segismundo Comas, profesor de retórica de la Universidad, el P. M. Fr. Tomás Massanés, D. Bernardo Antonio de Rocabertí, conde de Perelada, el Rdo. P. Fr. Agustín Antonio Minuart, el Rdo. D. Antonio Ametller, abad de Bésalú, y el Iltre. señor D. José de Mora, marqués de Llió, á cuyo celo y diligencia debió su establecimiento oficial, bajo la inmediata proteccion de S. M., por Real despacho de 27 de enero de 1754, en que al mismo tiempo se aprobaron sus Estatutos.

De ellos resulta que el objeto principal de esta Corporacion era formar la historia de Cataluña, esclareciendo aquellos puntos que hubiesen querido falsificar ó suponer, ya el error, ya la malicia, dirigiendo como primer objeto el trabajo de sus individuos á la perfeccion de semejante obra. El mismo Sr. Marqués de Llió dió comienzo á ella con las eruditas observaciones sobre los principios elementales de la historia que llenan el volúmen primero de la memorias publicadas, dado á luz seis años despues de la ereccion oficial. Gran monumento para la historia catalana hubiera sido esta obra á llegar á su perfeccion, contándose para ello con auxiliares tan esclarecidos como Masdeu, Garma, Basteró, Caresmar, Alós, Taverner, Bayer, Ponsich, Pinós, Feliu de la Peña, Serra y Postius, y otros y otros que á la sazón formaban y son aun hoy el ilustre patriado, el orgullo y prez de esta Academia. Quién sabe si las varias publicaciones que dan á sus nombres justa celebridad fueron elementos escogidos para la enunciada empresa, los cuales en union con otras pródijas investigaciones monográficas de que cada socio daba lectura en las ordinarias sesiones, fácil es considerar si hubieran constituido un precioso florón literario! Los materiales que contiene la parte editada del segundo tomo de publicaciones evidencian cuanta sea la riqueza de los reunidos tan solo en esta seccion; seccion que fructuosamente y con preferencia cultivan á su vez varios de los dignos socios actuales.

Entre ellos, D. Antonio de Bofarull ha ocupado agradablemente á la Academia durante muchas sesiones del año último con el sério trabajo crítico de nuestra historia á que consagra sus vigiliass, realizando así en cierto modo la aspiracion constante de los fundadores y continuadores de la presente Sociedad.

Y ya que estamos en los actos, cuya reseña es el principal objeto de mi incumbencia, debo manifestar primero que, á tenor del nuevo Reglamento, han venido celebrándose sesiones periódicas, en las que, despues de los acuerdos y medidas de gobierno interior, diferentes señores socios han llenado alternativamente el turno de lectura, ya con estudios profundos, como dicho señor de Bofarull, ya con investigaciones curiosas, como D. Vicente Joaquin Bastús, ya con trabajos poéticos ó de pura imaginacion, como D. Dámaso Calvet.

Uno de los acuerdos tomados, sin duda el mas importante del finido año, fué representar al Gobierno de S. M. contra la Real orden en que se prohibió admitir por la censura general de teatros del Reino las composiciones dramáticas redactadas exclusivamente en lenguas especiales ó dialectos. Nombrada al objeto una comision de los Sres. Feu, Aguiló y Llorens, en union con la Junta de Gobierno, fué redactada dicha representacion y elevada en 12 de Febrero al Ministerio de la Gobernacion. Me detendré un poco en este hecho porque, á la vez

que patentiza el buen celo de la Academia, es una prueba palmaria de la útil iniciativa é influencia que gozan estos cuerpos entre sus otros cometidos. Aunque la gestion no ha dado fruto por ahora, así como en fecha anterior se consiguió salvar el monumento de Santa Agueda de una enagenacion que hubiera ocasionado su ruina, quizá en breve plazo recaiga resolucion favorable, y cuando menos las observaciones elevadas no podrán dejar de influir en el ánimo de la superioridad para modificar un concepto harto exclusivo que involucra grandes intereses.

Público es el semi-renacimiento de nuestra literatura provincial que de pocos años viene operándose, gracias á la restauracion de los Juegos florales, en que esta Academia tuvo así mismo no poca parte. La musa catalana vuelve á cantar en todos los tonos, recordando añejas tradiciones, glorias pasadas, usanzas poéticas, y sobre todo caracterizando las costumbres locales en una escena que en rigor ha creado, con notable lauro de algunos vates noveles, los cuales, al expresarse en idioma nativo, se han improvisado en cierto modo, hallando en sí una lozania de invencion y un vigor de expresion que sin duda toman su mayor fuerza de la ingenuidad del lenguaje. Este movimiento tan favorable al progreso moral y literario de nuestro país, el gobierno parece haberlo mirado con recelo, pues funda la citada disposicion en el temor de que, fortaleciéndose y vigorándose mas de lo justo el espíritu de provincialismo, se perjudiquen y menoscaben á la larga los vínculos recíprocos y generales de la comunidad española. La Academia se permitió observar reverentemente que, en vez de condenarse el espíritu provincial, convenia dirigirlo y encauzarlo con oportuna prevision. — «Los lazos de íntima adhesion y solaridad que existen entre el pensamiento y la lengua, (dice en su recurso) han sido causa indirecta de que, con el mayor estudio del habla catalana, se ensayaran poco á poco nuevos géneros, y se revelaran brillantes disposiciones que antes se ignoraban á sí mismas, contrariadas quizás por el deseo de acomodarse á un lenguaje que, al fin y al cabo, no es el mismo que en este país se aprende desde la cuna. En efecto si en algunas comarcas, y particularmente en Cataluña y Mallorca, tiene tanta fuerza, arraigo y prestigio la tradicion, que todas las clases, con excepciones meramente individuales, sienten y piensan en su lengua histórica y no en la oficial que reservan para todo lo concerniente á la vida pública, no es extraño que tambien el poeta traduzca en ella con feliz éxito los vuelos de la inspiracion, y que una vez ha logrado iniciarse en sus secretos literarios, obtenga con su cultivo mas señalados y positivos adelantamientos que escribiendo en otra lengua cuyas principales riquezas y tesoros difícilmente llegan á serle familiares. — Pero el progresivo desarrollo

que, á efecto del estudio van alcanzando ciertos dialectos provinciales, nunca puede considerarse como una amenaza para el idioma nacional; prescindiendo de que por las relaciones íntimas que existen entre las lenguas, el conocimiento de una de ellas facilita siempre el acceso á las demás, bien sabido es que la filología moderna ha sancionado como un principio inconcuso la necesidad de que sean cultivados y depurados los mismos dialectos, por la luz vivísima que proyectan acerca de los orígenes, caractéres y sentimientos respectivos de las distintas zonas ó regiones. Así todas las naciones verdaderamente civilizadas tienen hoy en gran estima las literaturas provinciales; y la misma corte de Francia, á pesar de sus exageraciones centralizadoras, ha colocado á Mistral en el número de sus primeros poetas, y no se ha desdeñado de convertir en nacionales los frescos y legítimos laureles de Jasmin. Justo es pues que en la nacion española sea atendida y considerada asimismo la importante lengua de Montaner y Ausias March, viva y espontánea todavía en estas comarcas, y enlazada por otra parte con la antigua poesía provenzal y el esplendoroso recuerdo de brillantes é inmarcesibles glorias civiles, militares y literarias que hoy dia constituyen ya otros tantos blasones históricos para la patria comun. — Además, la Real orden en que nos estamos ocupando, si por un lado contraría los progresos literarios del país, por otro se opone á una de las inclinaciones mas vivas y poderosas del pueblo catalan, que ya de muy antiguo solia hallar en su teatro provincial regalado y propio alimento para el espíritu; y si se tiene en cuenta la gran influencia social que ejerce el teatro como enseñanza y medio de instruccion eficazísimo, no puede menos de comprenderse luego el hondo quebranto que irroga al interés moral de nuestra patria la disposicion á que nos referimos. Si Jovellanos pedia á los gobiernos previsores que favoreciesen las inclinaciones instintivas, los solaces y pasatiempos del pueblo, en vez de contrariarlos, con mayor fundamento pedirá esta Academia que sea respetado lo mas íntimo é invulnerable que tiene un país, cómo es su lengua, y que se favorezca sobre todas las diversiones la mas culta, noble y civilizadora, cual es el teatro.» — Observóse además con oportunidad la extraña anomalia que resultará de prohibirse las obras dramáticas en lengua propia, al paso que se autorizan ó consienten en idiomas extrangeros. Recuérdase tambien el perjuicio material causado á los escritores que hoy viven del trabajo literario, trabajo completamente inofensivo cuando menos, por reducirse á simples ejercicios de buena ley, que el público acoge favorablemente, y que en nada lastiman los intereses siempre privilegiados del bien público y del orden social. Por fin la Academia no dudó asegurar que, allanándose el obstáculo que hoy encuentra en su camino el teatro provincial, no por esto debe esperarse que se relajen ó desvir-

túen jamás los verdaderos sentimientos patrióticos, y Cataluña, que ha visto á su augusta Soberana ceñirse con orgullo la diadema condal, sabe bien que sus grandes recuerdos y tradiciones respectivos deben ser tan solo á la hora presente timbres gloriosos é imperecederos de la patria comun.

Para no molestar la atencion de los que me escuchan, deseosos sin duda de oir la elocuente palabra de mi digno compañero encargado del discurso inaugural, añadiré compendiosamente que tras la gestion antedicha poco mas notable ofrecen los actos del último periodo. A invitacion de la Academia de Bellas Artes contribuyó la presente al lucimiento de la Exposicion retrospectiva del finido verano con varios objetos curiosos del museo arqueológico que posee.

Este museo, único de su clase en Barcelona, se formó paulatinamente, ya por adquisicion onerosa, ya por cesion gratuita de los propietarios de dichos objetos; y aunque dista mucho de alcanzar verdadera importancia, sin culpa en verdad de la Academia cuyo anhelo seria dársela completa á un accesorio tan ligado con sus institutos, encierra sin embargo algunas cosas buenas, muchos tipos y ejemplares epigráficos; muchos restos de la época romana y de otras anteriores, estatuas, bustos, sarcófagos, urnas y fragmentos escultóricos de la antigüedad, edad media y renacimiento; y algunos otros objetos, que si no forman coleccion entera y sistemática, pueden ser un buen elemento de un Museo provincial. Atendida la importancia que hoy se da á semejantes estudios, gracias al favorable impulso del Gobierno y de otras corporaciones, fácil es que mas adelante la previsora iniciativa de esta Academia adquiera completo desarrollo bajo una base de combinacion que, sin lastimar sus derechos, favorezca los del público, y este entonces sabrá hacer justicia á sus esfuerzos de tanto tiempo para llenar una necesidad reconocida por todo el mundo sábio, é impuesta á la vez por la historia y por la importancia monumental de Cataluña.

Cábeme el gusto de añadir que por parte de las autoridades y corporaciones de toda clase sigue la nuestra mereciendo la deferencia de siempre; que la Excelentísima Diputacion provincial, tambien en el actual ejercicio, la ha ausiliado con un subsidio de 500 escudos para fondo de publicaciones y gastos menores; y por último que la Sociedad del Ateneo, dueño del local presente, además de favorecerla con una de sus salas para las sesiones ordinarias, generosamente se ha prestado á darle cabida para la inauguracion que celebramos.

Tengo igual placer en consignar que durante el año último no ha fallecido ningun socio de las tres clases de número, honorarios y correspondientes, y solo sí por promocion á mayor empleo, perdimos la grata asistencia del M. I. S. Don José de Estrala y Perales, actual Regente de la Audiencia de Madrid. En cambio

han ingresado como nuevos socios en la clase de honorarios, el Rdo. D. Mateo Bruguera, D. Joaquin Fontanals del Castillo, dicho I. S. D. José de Estrala, Don Luis Cuchet y D. Enrique Stanley; y en la de correspondientes D. Modesto Llorens de Madrid, el Rdo. D. José Antonio Garí de Villanueva, y el Sr. marqués de Cabriñana.

Tambien ha recibido la Academia, ya de algunos señores socios, ya de personas extrañas á ella, diferentes obras que estima en mucho; á saber: una Historia de Villanueva por el nuevo socio Sr. Garí; Estudios históricos sobre el Derecho civil de Cataluña por D. Bienvenido Oliver; unas monografias tambien históricas sobre Gerona por D. Enrique Claudio Girbal; un tomo titulado: *Les français aux expéditions de Majorque et de Valence* por Mr. de Tourtolon; otro relativo á las instrucciones dadas por el rey D. Pedro IV de Aragon á Ramon de Boil, gobernador de la isla de Cerdeña en 1338, por D. Ignacio Pillito; la Oracion fúnebre de O'Connell por el P. Ventura vertida al castellano por el Sr. conde de Peñalver; la coleccion de poesias del referido Sr. marqués de Cabriñana; otra con el título de *Pasatiempos literarios* por D. Enrique del Castillo y Alba de Madrid; la *Historia del Senado Romano* por D. José Francisco Diaz de Matanzas; las Memorias de apertura pronunciadas en el Instituto médico de esta ciudad; en el provincial de 2.^a enseñanza de Gerona y en la Comision de Monumentos de Ávila; la coleccion del Compilador médico que publicó la Academia de Medicina é Instituto citado; la Revista de Bellas artes, dada á luz en Madrid por el Sr. Tubino, y otros opúsculos de menos importancia.

Es cuanto puedo reseñar de los actos de esta Academia durante el año 1866-1867. — He dicho.



DISCURSO

DE

D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.



SEÑORES:

No para ser juzgado por un auditorio escogido y numeroso, sino para ser leído en amistosa confianza ante mis indulgentes compañeros de Academia, tenia ofrecido á esta el modesto trabajo con el cual, y únicamente para cumplir con las prescripciones de nuestro Reglamento, habia ocupado mis breves ócios y distraído hondas amarguras este verano.

Más una circunstancia, si para mi favorable ó adversa lo sabré dentro de poco, me ha traído á ocupar este honroso asiento, y obligado á dar publicidad á lo que no aspiraba á ella ni la merecia.

Si al menos tuviera la dicha que os interesara la tarca escogida, que no es otra que aventurar algunas *consideraciones acerca la poesía de la naturaleza, estudiándola en sí misma y en su desenvolvimiento histórico antes y despues del Cristianismo!* Por amena la elegí; pero, ¿quién no sabe cuán fácilmente nos prendamos de aquello que fué por mas ó ménos tiempo objeto preferente de nuestros estudios ó principal materia de nuestras meditaciones?

Si así fuese, si la consideráseis digna de vosotros, tendría ya mucho camino andado, no ya tan solo para ganarme mas y mas vuestra benevolencia, en la cual he confiado siempre; sino hasta para poder esperar que, fijándoos mas especialmente en lo que constituye el fondo de mi discurso, pararéis ménos la atencion en lo incompleto y desaliñado de la forma. Que es una de las ventajas del acierto en la elec-

cion de la materia, y ¡ojalá yo la disfrute! que la bondad ó belleza de esta disimule los defectos del desempeño, de la misma manera que la riqueza y brillantez del diamante, absorbiendo toda la atencion del que lo mira, hacen que este repare menos en la falta de belleza del engaste.

Yo bien hubiera querido que el precio de este correspondiese al de la materia: hubiera deseado, ya que de la poesia y de la naturaleza vengo á ha hablaros, poseer la mágica varilla de las transformaciones para poder llevaros á sitios que despertáran y aviváran en vosotros el sentimiento poético en que os voy á ocupar, y en falta de ella, ese calor de poesia que pinta, caldea y dá vida á todo cuanto se comunica. Mas puesto que ni poseo aquella, ni estoy dotado del último, aceptad mi trabajo tal cual es, y suplid con vuestra fantasia y talento lo que hallareis en él de descolorido y poco sólido.

Hay en el mundo de la poesia una region al parecer la mas accesible á todos, por ventura la mas fascinadora y por cierta aparente facilidad de ser explorada la que mas tienta acaso á penetrar en ella, y en la cual sin embargo es dado á pocos entrar para beneficiar los tesoros que bajo el semblante de una amable llaneza ofrece. Y esta region es la poesia que nos ocupa, y que tomando á veces el nombre, sino del todo aceptable para el estético, para los profanos en el arte mas significativo tal vez de *sentimiento de la naturaleza*; aspira á despertar con bellas descripciones; ó con alusiones oportunas, ó con felices pinceladas de sus cuadros ó escenas un efecto igual al que produciria su vista ó contemplacion inmediata en los ánimos dispuestos á recibirlo.

Y es que, Señores, sin desconocer que no hay en el arte region á donde se pueda penetrar con solaz ó aprovechamiento para el alma, sino se halla esta como templada para percibir el misterioso inspirador ambiente que en ella se respira, sino se posee una como mística inclinacion á recibir el vago é indefinible aliento que allí se percibe, es indudable que para comprender y hacer que los demás comprendan, sentir y lograr que sientan otros la poesia de la naturaleza, se necesita una predisposicion especial; es necesario estar dotado de las delicadas fibras que, á la manera de las cuerdas de las árpas eólicas, vibran y dan sonidos al herirlas el misterioso soplo que de ella emana. «Algunos hay, dice Fr. Luis de Leon, á quien la vista del campo los enmudece, y debe de ser condicion de espíritus y de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, viendo lo verde deseo ó cantar ó hablar (1).» Y los que hayan percibido el delicioso perfume que se

(1) Nombres de Cristo.

exhala de su oda, *La noche serena*, ó extasiándose ante la deliciosa pintura de la salida del sol en *La perfecta casada*, saben hasta que punto poseía el sentimiento de la naturaleza y el instinto de su poesía el que tan admirablemente describía el místico sestear de las almas enamoradas en los celestes prados del Pastor Divino. Cuentase de Bernardino de Saint-Pierre que, siendo aun niño, le llevó su padre á Ruan y le enseñó aquella catedral magnífica. « ¡Padre, exclamó el futuro autor del *Pablo y Virginia*, mirad cuán altas vuelan las golondrinas ! » El joven Bernardino no vió en aquel instante mas que el vuelo, bajo el azul del cielo, de aquellas avéculas que tenían sus nidos en el gótico monumento. « Instinto de una alma, dice Mr. Sainte Beuve, á quien solo impresionan las bellezas naturales y que parece haber sido creada únicamente para cantarlas. »

No falta sin embargo quienes han creído que la poesía de la naturaleza consistía tan solo en saber describirla, ora en cuadros aislados donde, como en los de paisaje, fuese ella principio y término de la inspiración artística; ora en pinturas subordinadas á otro asunto principal como fondo del mismo, motivo de variedad ú objeto de contraste. Mezquina idea de esta poesía, y mas mezquina aun de la obra de Dios y de las secretas armonías que entre ella y el alma existen tienen, para su mal, los que á tan menguadas proporciones la reducen.

La descripción es uno de sus medios de expresión artísticos, no su fin: la forma exterior que satisface á la vista, pero tras de la cual debe haber ese *quid divinum* por medio del cual el universo que lo posee, se comunica al alma que lo comprende y lo busca. La mejor descripción, dicen los árabes, es la que transforma en ojos los oídos. Nada mas cierto cuando se refiere á las obras humanas; nada mas incompleto tratándose de la poesía de la naturaleza. Lamartine se acerca mas á la verdad respecto del género que nos ocupa, cuando dice:

Pour tout peindre il faut tout sentir.

Pero Chateaubriand, Foster y sobre todos Humboldt que por ventura mas que nadie la ha amado y en mas íntima comunicación ha vivido con ella, nos han dado á conocer el verdadero carácter de este género de poesía y de su forma artística, cuando además de exigir en esta la exactitud en la expresión unida á la mas severa sobriedad, la pintura fiel, pero desnuda de toda afectación y pueril afán de rebuscados efectos, nos han hablado de la secreta y misteriosa relación que existe entre el alma inclinada á la melancolía y al amor de lo infinito y las escenas de la naturaleza, y de la necesidad de armonizar sus descripciones ó sus to-

ques con aquellos elevados y sublimes instintos; nos han manifestado, en una palabra, que mas debe hablar al corazon que á los sentidos.

El mismo Humbold dice expresamente de las páginas en que describe los admirables *Cuadros del universo*, que están destinadas á las almas tristes (1). Chateaubriand habla de la melancolía, del sentimiento de lo sublime que se exhala, por decirlo así, de los desiertos desde que el cristianismo vino á arrojar de ellos los enjambres de Faunos, Sátiros y Ninfas con que los pobló el paganismo, para restituir su silencio á las grutas, su tristeza á los bosques, y á la naturaleza su inmensidad (2); y en otra parte de sus obras llama felices á los que aman la naturaleza, porque ellos, dice, la encontrarán en el dia de la desgracia.

Creo, Señores, que bastará lo dicho para daros á conocer lo que entendemos por poesía de la naturaleza y lo que de sus descripciones exigimos; por esta poesía á la cual llama Herder, uno de sus mas entusiastas admiradores, noble y sagrada; que nos da ojos para contemplar la creacion en su orden admirable y en sus relaciones con nosotros mismos. Pintura para los ojos, música para el oído, imágen para la fantasia, é impregnada, cual la naturaleza misma, de sus armonías y fragancia, ha de estar además dotada de esta vida misteriosa que, á la manera que la voz despierta los ecos dormidos en los barrancos, viene á despertar en nosotros esa fuerza de expansion que, dormida á veces en el fondo de nuestro organismo, no necesita sino que llamen á la puerta de los sentidos para que torne en sí, y sienta, y se derrame fuera de sí misma.

Hace años, cuando algunos de los que nos hallamos aquí reunidos, saludábamos alborozados el nuevo y verdadero renacimiento literario que alboreaba en nuestra España, encontramos en el asunto que nos ocupa, como en otros muchos, divididos á los literatos en dos bandos. La cuestion, aunque en apariencia histórica, era, en realidad, de arte. Disputábase si en esta region del mundo poético habian producido mas copiosos y sazonados frutos el arte puro-clásico y el pseudo-clasicismo que el cristiano. Queríase saber cual de los dos habia atinado con el verdadero carácter de la poesía de la naturaleza; cual habia comprendido mejor el universo y convertidole en fuente de mas puros y elevados goces estéticos. Quebráronse muchas lanzas por los mas afamados paladines de uno y otro campo; pero los mas certeros golpes partieron sin duda de los mantenedores del arte modernó.

(1) *Tableaux de la Nature*; Preface.

(2) *Genio del Cristianismo*, lib. IV, cap. 1.

Y es que su causa era la mas justa á la vez que la mas noble; ya que al dar la preferencia á este sobre el pagano, no pretendian en manera alguna rebajar en nada ni el ingéniò creador, ni la habilidad técnica de los que son tenidos, con razon, por maestros en todo género de artes bellas; y sí solo demostrar que, siendo ménos poético el concepto que de la naturaleza se formaron, debia por precision ser ménos perfecto el ideal que acerca de ella concibieron; que siendo diferente y por su desgracia menos poético el aspecto con que se ofreció el universo á su vista, debia por precision ser distinto del nuestro y de menos interés para el alma, y de menos atractivo para el corazon su manera de expresarlo. Permítasenos hacer una ligerisima escursion por este terreno, ya que con ello á la vez que se nos ofrecerá ocasion de explanar mejor nuestras idcas sobre el asunto que nos ocupa, la tendremos para estudiarle, siquiera sea de paso, en su desenvolvimiento histórico.

¿Aventajaron los antiguos á los modernos en el cultivo de la poesia de la naturaleza, ó en términos mas precisos, fueron mas que estos felices en sus manifestaciones encaminadas á despertar en el alma iguales sentimientos á los que su contemplacion inmediata produce?

Desde luego puede afirmarse que los pueblos antiguos, y tratándose de cuestiones literarias dicho está que nos referimos únicamente á los griegos y á los romanos, sin que fueran, ni de mucho, insensibles á las bellezas del mundo físico y tuvieran ménos que nosotros templada el alma para vivir en íntima comunicacion con él, no alcanzaron á expresar su poesia con la verdad, ni á darle la elevacion ni el alcance que los modernos, y que ménos que estos la cultivaron con verdadero amor estético. Y empezando por los griegos, ¿argüiria esto en ellos falta de habilidad en la ejecucion, pobreza de fantasia, escasez de sentimiento? Ahí están los poemas de Homero, las obras de sus trágicos y las producciones de sus líricos para demostrarnos lo absurdo de tal supuesto. ¿Es que sus poetas no tuvieron ojos para ver el universo, ni habia en el paisaje que les rodeaba encantos suficientes para atraer sus miradas? Las escasas, pero preciosísimas muestras que de este género de poesia hallamos en sus inmortales creaciones, no permiten dudar que ni siempre permaneció cerrada para ellos, para valernos de la feliz expresion de un crítico moderno, la puerta que da á la naturaleza, ni dejaron de hallar á veces en su paleta las simpáticas tintas con que quiere ser reproducida.

Al manifestar Schiller en sus reflexiones *Sobre la poesia ingénua y sentimental* la extrañeza que le causaba no encontrar entre los griegos ese *interés del corazon*, son sus propias palabras, con que los modernos nos senti-

mos como atraídos á la contemplacion de las escenas naturales (1), se funda principalmente en que debía esperarse lo contrario de un pueblo que gozaba de las ventajas de un suelo y clima amenísimos; que vivia en libre intimidad con una naturaleza privilegiada, bajo un cielo por demás trasparente, de una sensibilidad, costumbres y arte sumamente ingenuos, y cuya poesía era fiel expresion de sus sentimientos: ¿cómo pues explicar la desventaja en que respecto de nosotros se encuentran en este terreno del arte? El sabio crítico alemán la atribuye «á que su alma no toma mas parte en sus descripciones del universo, no menos preciosas por su fidelidad y exactitud que por la moderada riqueza de sus detalles, que la que hubiera podido tomar en las de un traje, una armadura ó un escudo; á que la naturaleza parece haber interesado menos á su sentimiento moral que á su inteligencia; á que no sintieron por ella esa simpatía mezclada de dulce melancolía con que son atraídos hácia la misma y perciben sus secretos encantos los modernos (2).» Hasta aquí Schiller: permítasenos sin embargo á nosotros, críticos pigmeos, que vengamos, no á enmendar la plana al que es tenido por uno de los mejores en un país que tan grandes los ha producido, sino á añadir algunas otras causas á las por él indicadas, á fin de explicar esa misma falta de simpatía por la naturaleza en aquel pueblo; tales como el que, absorbido en las agitaciones de la vida pública y en los goces de una existencia mas expansiva y material, no poseyó la tranquilidad de ánimo, ni sintió el vacío del corazón que nos llevan á la contemplacion del universo; que existiendo una armonia exterior entre aquel modo de vivir fácil y ligero y la amenidad y hermosura de su naturaleza, debió, satisfecho con ella, ocuparse menos en sus relaciones íntimas; y principalmente que contempló á esta al través de personificaciones que, siendo de suyo frias, debieron comunicar aquella su frialdad á sus corazones; por entre una nube de divinidades y personajes alegóricos, capaces cuando mas

(1) Contra la opinion, asaz generalizada en Alemania, y cuyos principales campeones fueron Schiller, Foster, Gervinus, y mas recientemente Humboldt, de que los antiguos no tuvieron para la naturaleza la simpatía que los pueblos cristianos, ha escrito recientemente M. Motz con el título de *Veber die Empfindung der Naturschönheit bei den Alten* (sobre el sentimiento de la belleza de la naturaleza entre los antiguos), un opúsculo en el cual se esfuerza en demostrar que se encuentran entre los antiguos, y principalmente entre los griegos, rastros de un sentimiento de la naturaleza tan íntimo y variado como entre nosotros. Tenemos el sentimiento de no conocer esta obra mas que por el juicio que de ella hace E. Secretan, en su opúsculo *Del sentimiento de la naturaleza en la antigüedad romana*.

(2) Humboldt, *Cosmos*, t. I, cap. 1.

de entretener agradablemente la fantasía, pero no de satisfacer á la inteligencia y al corazón: á aquella, porque no por estar poblada de tantos seres divinos tomó la naturaleza el carácter de grandeza y de religiosidad que le imprimieron las primitivas religiones panteístas, y mucho mas el cristianismo; á este porque, concentrándose su simpatía sobre algunas figuras brillantes, dejó de interesarse por lo que detrás de ellas habia, á saber el universo propiamente tal; ó lo que es lo mismo, dejaron de llegar hasta él las melancólicas notas, las misteriosas voces que de la naturaleza se exhalan al traves de aquel enjambre de personificaciones, como símbolos conocidos de pocos, como creencias por ménos aceptadas. Mas aun, en este mismo mundo mitológico, decoracion interpuesta entre el hombre y el mundo real, no habia esa especie de recóndita y misteriosa intimidad que se halló despues existir entre las mitologías de los pueblos germanos y las impenetrables y oscuras selvas donde gustaban sus deidades de ser adoradas; ni ese tinte sombrío y horriblemente fantástico, pero grandioso, que aparece en la ruda naturaleza del Norte animada por las divinidades de las creencias escandinavas; sino que todo es risueño como el cielo y los horizontes dentro de los cuales sus dioses viven; todo ameno, todo voluptuoso, todo destinado á excitar los sentidos, poco ó nada á despertar los sentimientos íntimos, á hacer fibrar las cuerdas tristes de la misteriosa lira á que damos el nombre de corazón humano. Una sola excepcion notable hay que hacer, y la consignamos con tanto mayor gusto cuanto se refiere al que ha sido siempre para nosotros uno de los mitos mas bellos del paganismo, sino de tan profunda significacion como los de Pandora y Prometeo, — vagos, pero magníficos recuerdos de la caída del hombre, — no ménos que estos poético; y es el de Eco, de esta madre que consume su voz y su existencia buscando á su robada hija por selvas, grutas y barrancos que, compadecidos de su dolor, repiten y repetirán eternamente sus lastimeros quejidos.

No pues á falta de sentimiento estético, ni mucho ménos de habilidad técnica, sino al modo peculiar de ver y sentir la naturaleza debe atribuirse el que no rayara muy alto en este género de poesía el pueblo por ventura mejor dispuesto y educado para sentir la belleza y con mas dotes para crearla; aconteciendo en esta region del arte lo que con la creacion de caractéres, en lo cual ha sido igualmente superado por los modernos, no por pobreza de fantasía para inventarlos, ni por falta de ingenio para darles vida, sino por escasez de tipos en que fundar y dar variedad á sus idealizaciones. Sin embargo como la naturaleza posee tan colmados tesoros de poesía, ó si se quiere, despide raudales de armonía tales que es casi imposible que no lleguen hasta el alma que tenga oídos para percibirla, por desfavorables que le sean las circunstancias que le rodean, bien así

como se perciben la luz y el calor del sol al traves de la nube que solo de paso lo cubre, aquella buena musa, que no dejó de serlo tambien para aquel pueblo por mas que no la contara en el número de las nueve hermanas, inspiró á los poetas griegos, sino obras de un género exclusivamente suyo, para lo cual, sea dicho de paso, acostumbra á negar sus favores á los que con mas ahinco se los piden, pásajes llenos de las difíciles dotes que deben, segun dejamos apuntado, campear en esta clase de poesía.

Como no es nuestro propósito trazar una historia detallada y completa del género que nos ocupa, ya porque para ello tendríamos que dar á este nuestro trabajo una extension mayor de la que consienten su índole y el objeto á que está destinado; ya porque no nos sería dado hacer mas que repetir lo que, con mas copia de datos y amenidad de estilo, han escrito acerca de esta materia autores tales como E. Guebhart (1), V. Laprade (2), el ya citado Secretan y A. Humbold en su tratado del *sentimiento de la naturaleza segun la diversidad de las razas y de los tiempos*, con que encabeza el tomo segundo de su *Cosmos*, y cuya lectura, sabrosísima como la de cuanto ha salido de su pluma os recomiendo; permitidme que me contente con indicaros los citados autores donde se encuentran recogidos, ó cuando menos mencionados, los mas notables pasajes, así de los poetas, como de los prosistas griegos y latinos donde aparece con mas felicidad expresado el sentimiento de la naturaleza, y que con no corresponder, ni de mucho, á pesar de la diligencia que pusieron en apuntarlos, á las riquezas que en otros géneros atesoró el ingenio antiguo, vienen á demostrar lo que acerca de su inferioridad relativa respecto de los modernos en este terreno del arte dejamos expuesto.

Se ha dicho y repetido tantas veces, y por cierto no sin fundamento, que la literatura latina es un reflejo, y por ser tal pálido, ó como una segunda edicion, y por cierto no mejorada, de la griega, que ataso podrá parecer tiempo perdido el que se emplee en estudiar históricamente en ella el género de que tratamos, con tanta mas razon cuanto que su poesía lirica, que es donde el sentimiento de la naturaleza tiene y debe hallar su natural asiento, es inferior á la griega cuanto por punto general lo es la imitacion al modelo.

Sin embargo, y gracias al carácter especial del pueblo romano, y á que ni las condiciones y cambios de su existencia política, ni las influencias estrañas á que es-

(1) Hist. du sentiment poétique de la nature en l' antiquité grecque et romaine. Paris, 1860.

(2) Du sentiment de la nature avant le christianisme. Paris, 1866.

tuvo sugeto, lograron jamás borrar completamente en él lo que conservó de su primitivo y rudo origen y de sus antiguos hábitos y creencias; gracias también á que, y sin que él mismo lo notara, recibió, sobre todo en los últimos períodos de su historia, el vivificador influjo de la nueva fe, á la cual combatía á sangre y fuego, pero que al propio tiempo iba ganándole para sí ora por el intermedio de las doctrinas judáicas derramadas, tiempo hacia, por el Oriente por las escuelas de Alejandría, ora por el contacto directo y mas inmediato con los que la profesaban, la defendían en sus apologeticos ó la confesaban en los tormentos, la poesía de la naturaleza debió tener en dicho pueblo dos épocas, á saber, la de la Roma primitiva con sus resabios de creencias panteistas, y de la cual tan solo podemos hablar por conjeturas; y la de la Roma imperial con sus presentimientos de la fe nueva, abundante y variada en sus manifestaciones, en las que, si bien relativamente pobre respecto la de los tiempos modernos, hubo el pueblo latino de aventajar, ya en la verdad de aquel sentimiento, ya en el número y mayor precio de sus productos á las de sus maestros los griegos.

Mucho nos duele no tener á nuestro lado en esta parte de nuestro trabajo un voto de tanta autoridad como el del insigne autor del *Cosmos*, quien se declara por la inferioridad en tratar poéticamente á la naturaleza de los romanos respecto de aquellos. No desconocemos, al par de él, lo mucho que debió amortiguar en ellos su originario amor á la vida del campo y su natural predisposición á sentir la naturaleza, aquella su gravedad severa, y su aspereza de carácter, y su desapego á lo ideal, y su predilección por lo útil, y su razón sobria y moderada que les hacia mas aptos para las realidades de la vida, para las agitaciones del foro y para los rudos trabajos de la guerra, que para la contemplación íntima y tranquila, y por lo tanto poética, del universo. Y tanto lo creemos así, que á estas causas atribuimos que no dieran mas abundantes y sazonados frutos en este género de poesía, á pesar de las circunstancias que debían favorecerles en su cultivo.

Y en efecto, ¿qué no debía esperarse, á no ser por aquellas causas contrarias á toda inspiración artística, de una nación cuya primitiva religion, con ciertos resabios de panteísmo, fué, como observa Preller (1), mas bien un culto que una mitología; una adoración de las fuerzas de la naturaleza personificada, sí, pero envuelta en cierta vaguedad nebulosa, rodeada de cierta aureola de sobrenatural; no una creación poética de un Olimpo brillante con deidades individuales y de carácter humano? ¿de un pueblo en cuya primitiva religion no se hallan por ventura, como

(1) Rom. Mithologie, cit. por Secretant.

en las mas antiguas de las familias Helénicas, los misterios secretos de que rodeaban el culto del universo y de sus fuerzas vivificantes ó destructoras los mas inmediatos sucesores de las razas pelagicas; pero en quien se revela harto claramente una predileccion por lo maravilloso y lo grande de la naturaleza en su adoracion á las montañas, de las cuales hace asiento de sus divinidades, á los rios y á las fuentes, á las grutas y á los bosques, objeto para él de religioso terror, y hasta á ciertos árboles por él tenidos como sagrados? ¿de un pueblo que, fiel á las venerandas tradiciones de los antiguos Siculos, se consagró especialmente á la agricultura y á la vida de los campos, y hasta supo hermanar con el amor á aquella el interés político y el entusiasmo por los militares laureles? ¿de un pueblo en fin que en los dias de su mayor grandeza, siquiera no fuesen los de su mayor libertad, veia alborear un nuevo sol cuyos rayos, todavía lejanos, empezaban á teñir de una luz hasta entonces desconocida, la inspirada frente del mas nacional de sus poetas, Virgilio, y á iluminar el alma del mas moral, sino el mas profundo de sus filosofos, Séneca?

Roma pues, lo repetimos, fué superior á la Grecia en la poesía de la naturaleza y mas que ella rica y variada en sus concepciones, sin que por esto pueda, ni de léjos, disputar la palma de este género á las modernas literaturas cristianas. Poco es lo que podemos decir de su época primitiva, puesto que carecemos de todo monumento escrito para valorar la mayor ó menor simpatía que por la naturaleza sintiera; pero de cuya existencia son un claro testimonio, así esa veneracion á los montes, selvas, rios y grutas que dejamos mencionada, como la abundancia de sus fiestas agricolas, que se conservaron hasta épocas mas recientes. Cúmplenos sin embargo declarar que aquella simpatía, como basada en la religion, debió debilitarse ora por la influencia del formalismo rutinario en que degeneraron pronto las creencias primitivas, ora por las tendencias á personificar, á imitacion de los griegos, las fuerzas del universo en seres, si no tan individuales como entre estos, nõ por eso menos reales. Ello es que de los siglos de Caton quedan escasísimos rastros de aquella simpatía por las escenas del universo, y que con ser aquellos la edad de oro de la agricultura en Roma, y el tipo aquel mas cabal del campesino romano, ni en los fragmentos literarios de la época, ni en las obras del rígido Censor aparecen mas que débiles huellas del sentimiento de la naturaleza. Ni nos causa grande estrañeza, sea dicho de paso, que así sucediera, ya porque, como muy oportunamente observa Secretan, distan mucho de ser sinónimos los vocablos agricultura y sentimiento de la naturaleza, bien así como distan de poder compararse á los goces estéticos, y por lo tanto desinteresados y puros por este causados, los placeres egoistas y sensuales de la vida agrícola. A mas de que no debian ser aque-

llos toscos labradores, por mas que viviesen en material contacto con el mundo físico, los mas aptos para percibir sus bellezas, de la misma manera que ni el rudo pastor de los Alpes, ni el salvaje habitante de los bosques vírgenes de América son los mejores apreciadores de sus magníficas escenas. Porque es condicion de la naturaleza el ser contemplada con los ojos del alma, si es que han de llegar á estas santas, misteriosas y sublimes impresiones que causa, bien así como es condicion del alma el estar dotada de una delicada facultad interior de ver, si es que ha de comprender y sentir lo santo, misterioso y sublime de la naturaleza. Tan muda es esta para los que no están dotados de una alma capaz de percibir sus armonías, como incolora y negra para los que carecen del órgano de la vista.

Por lo que respeta á la segunda época que abraza los buenos siglos de las letras latinas y los tiempos de su decadencia, notabilísimos aquellos, sino por el vigor y abundancia de la sávia, por lo acabado y, por decirlo así, helénico de las formas de sus producciones; de mas valía estos, sino por la lozanía y correccion exteriores, por el alcance y la intencion moral de sus obras, encuéntranse en sus poetas desde el autor del poema *De rerum natura*, hasta Ausonio, cantor del *Moseia*, último cultivador de la poesía descriptiva, en gran boga desde los tiempos de Estacio, no pocos rasgos y pinturas que no por fugaces y breves dejan de estar impregnados del sentimiento que nos ocupa; y así podríamos señalar en unos, como en el autor de las *Geórgicas* y de la *Eneyda*, una cual innata simpatía, por decirlo así moderna, por todos los objetos del mundo animado, desde el delicado y flexible tallo de la flor mas modesta, hasta el sol que en breves momentos de intervalo le dá vida y le agosta; un amor á la naturaleza no sensual, cual el de Horacio y de los poetas de su escuela, quienes buscan tan solo en ella ó una distraccion al fastidio de la vida cortesana ó deleites para los sentidos, sino puro, desinteresado y completamente estético: en otros, y sobre todo en el mismo Virgilio, en quien tantos rasgos se encuentran de poeta cristiano; nos seria fácil indicar esa asociacion tan natural como poética de las escenas del mundo físico con los afectos internos; ese paralelismo, por decirlo así, de la naturaleza y de la passion tan sabroso y ameno siempre, aun despues de haberse exagerado tanto en nuestros días: en algunos, como en Ovidio, y acaso con mas delicadeza y menos afectacion que en él en Tibulo, veríamos asomar la union del sentimiento de la naturaleza y del amor; y por fin, y especialmente en los prosistas filósofos y moralistas, podríamos encontrar ya este sentimiento de admiracion y adoracion hácia la naturaleza que, empezando en Ciceron, en quien mas que la curiosidad científica resalta, sobre todo en sus *Cuestiones naturales*, el anhelo con que va por ella en busca de lo divino, viene á terminar en Séneca, quien, dando un paso más, se ele-

va desde la adoracion y la admiracion del mundo físico al sentimiento de gratitud hácia su autor, y que llegando hasta donde le era dable á un ingenio pagano sin caer en el panteísmo, parecia preludiar la aparicion de la poesia de la naturaleza inspirada por el cristianismo y vigorizada por el estudio de la Biblia que debia brillar muy pronto en los escritos de los Santos Padres.

Y sin embargo y al igual que en la griega, ¡qué de vacíos en la literatura del Lacio respecto del género que historiamos! En una y otra hallaréis, y tal vez de sobras, alusiones felices y bellisimas descripciones de las estaciones del año, de valles amenos, de escenas campestres, de noches de luna y hasta de tempestades terrestres, y sobre todo marítimas; pero entre ellas las encontraréis apenas de las escenas grandiosas que despiertan en el fondo del alma el misterioso estremecimiento, la terrible impresion de lo sublime; y pueblos marítimos el latino y el griego, en especial este último que, como la Vénus de su Olimpo, parece haber nacido de las espumas del mar, hablan rarisimas veces de este como no sea acompañando su nombre con los epítetos de *horrendum*, *infidum*, *irucundum* y otros, y casi nunca de su inmensidad, de sus apacibles calmas y de sus poéticos cambios de color, y de los sentimientos que despierta en el alma su majestuoso espectáculo, siendo así que casi todas sus descripciones se refieren al Mediterráneo (1): y pueblos uno y otro que llevaron sus armas y su cultura desde el Indo

(1) A fin de desvanecer los reparos que acerca la manera de considerar el mar los romanos se nos pudieran hacer, hemos creído oportuno extractar el notabilísimo pasaje de Secretan en que habla de ello: «No afirmamos, dice, que Lucrecio, Virgilio y Horacio dejen de describir el mar; lo que sí aseguramos es que lo representan siempre como un elemento pérfido ó terrible. Y adviértase que no es el tempestuoso mar del Norte con sus playas bajas é incultas, ni el Océano imponente por su inmensidad el que así describen; es el risueño ó azulado Mediterráneo, cuyo litoral es una sucesion no interrumpida de escenas á cual mas pintorescas... En Lucrecio he encontrado apenas dos versos de simpatía hácia el mar, sin embargo de que, según el sumario esaz minucioso de Eichstaedt (1804), tiene mas de 80 pasajes en que habla de él, bien que de ordinario con fin científico. Los dos únicos pasajes en que lo describe con alguna extension, (V. v. 998-1004. — II. v. 550-560) le son completamente hostiles... En Horacio no se encuentra ni un solo pasaje favorable al mar. Mas de una vez una tempestad es tenida por él como la mayor desgracia que puede acaecer á un amigo (Lib. I, od. 3), ó se la desea á un enemigo como la mayor calamidad que puede sobrevenirle (Epod. X.). En sus comparaciones las olas del mar son siempre de mal agüero, etc... Virgilio es algo menos exclusivo respecto del mar, ya sea efecto de las reminiscencias de Homero, ya de que su simpatía por el universo se sobrepusiese en él á las preocupaciones romanas; mas estos casos son raros (Georg. III, 237-241. — Eneid. III, 193). En cambio es imposible citar todos los ejemplos en que aparece el mar bajo su aspecto espantable... En las Georgicas, y sin pretexto que lo disculpe, le da el poeta el epíteto de *infidum* (l. 254). En los primeros libros de la *Eneida*, la navegacion de Eneas no da á Virgilio ocasion mas que para describir tempestades, nunca para pinturas amenas y simpáticas etc.

hasta los confines occidentales del mundo, y desde el Danubio y el Elba hasta las cordilleras del Atlas, casi nada nos han dejado en sus obras poéticas ni prosáicas que revele ese sentimiento de lo sublime que despierta en todo hombre medianamente dotado de corazón para sentirlo la vista de las dilatadísimas y gigantes-cas cordilleras de los Alpes, cubiertas cual de un manto de raso blanco de nieves eternas « que se pintan de una tinta rojiza al nacer y al ponerse el sol », ó la del aterrador y entonces mas que ahora silvestre paisaje de la Helvecia, ó la de los tenebrosísimos bosques vírgenes de las Galias (1) y de la Germania por medio de los cuales tuvieron que abrirse paso con el hacha y la tea César, Druso y Germánico; ó la de los rios caudalosos que, ora en apacible, ora en tumultuosa y rápida carrera van á verter eternamente al mar el inconmensurable caudal de sus aguas; ó la de las inmensas llanuras del Asia, si en unas regiones cubiertas de cadáveres de ciudades ó de restos de monumentos que despiertan en el ánimo ideas de muerte, de ruinas de imperios y de desaparición de generaciones; vestidas en otras de una vegetación tan rica, tan robusta, tan esplendente; regadas por rios tan magestuosos y limitadas por montes tan gigantescos que el hombre llega á dudar si tantas y tan grandiosas maravillas son un insulto á su miseria y un sarcasmo á su pequeñez, ó si las puso allí el Criador para que, en lucha con ellas, y rindiéndolas á sus plantas y haciéndose de las mismas un glorioso pedestal; pudiese desde allí decir al universo entero postrado á sus plantas: « soy tu soberano. »

Ahora bien, si á griegos y á romanos se les escaparon tan grandiosas, tan sublimes perspectivas; si no acertaron á comprender ni á sentir, por carecer de la divina y única clave que debía servir para descifrársela, la íntima relación que existe entre la naturaleza y Dios que la ha criado, y entre el alma humana y aquel símbolo el mas expresivo y exacto de la divina Omnipotencia; si del mundo físico no llegaron á ver mas que el aspecto festivo, ameno y seductor con que brinda el hombre á gozar de él, no el semblante misterioso, sublime y en su casi inmensidad aterrador con que le convida á penetrar en el mismo cual en un templo; si, en una palabra, no supieron percibir esa imponente frase musical que despierta de sí el universo, y se apodera del alma, y la eleva, y la arroba, y la predispone á la con-

(1) Como una de las mejores descripciones de aquellas antiguas selvas citase la en que pinta Lucano la destrucción del bosque de los druidas cerca de Marsella. Las encinas al caer se sostienen unas á otras, y despojadas de su follaje, dejan penetrar por vez primera un rayo de sol en aquella sombra y santa oscuridad. *Farsalia*, lib. III, v. 400 á 452.

templacion para por ella y cual por mística escala llevarla al sentimiento religioso y por este al amor, á la adoracion, al agradecimiento hácia al supremo Autor de todo cuanto existe, no puede ménos de confesarse, siquiera fuese mas crecido el número de los pasajes de sus obras por los cuales se ve que no les fué extraño el sentimiento de la naturaleza, que se mostraron en esta parte muy inferiores á los modernos, y hasta de reconocer que, ineficaces las religiones paganas para inspirarlo, el verdadero sentimiento de la naturaleza, que tan solo de una manera incompleta y asaz vaga puede ser inspirado por las creencias panteistas, como puede verse en los poemas de India, (1) despues de haber sido divinamente expresado por Job, David y los Profetas, y de haber desaparecido con ellos, no volvió á nacer, ni podia menos de ser así, en su forma mas pura y mas completa sino con el cristianismo.

Es lo cierto que en cuanto este vino á emancipar la naturaleza y á extender sus horizontes, de la misma manera que habia venido á rehabilitar la raza humana y á ensanchar los límites de su inteligencia, despertóse aquel sentimiento en las almas capaces de percibirlo: y tanto es así que, á pesar de la decadencia á que vinieron á parar las literaturas griega y romana, de la corrupcion de ambos idiomas, y del mal gusto que inficionó los escritos hasta de los mas preclaros ingenios, y de que no están exentas ni aun las obras de los grandes Doctores de la Iglesia, se deja conocer desde luego, y en especial en muchos y muy notables pasajes de los escritos de estos, como que ha brotado para el arte una nueva fuente de inspiracion; como que el universo alumbrado por los resplandores de lo alto, á la manera que en algunas antiguas pinturas cristianas aparece iluminado el paisaje por la luz que despide el semblante de los santos, ha tomado un carácter casi sagrado, se ha revestido de un ideal mas puro, mas elevado y cual no lo habia poseido hasta entónces.

Y es que, como ha dicho Chateaubriand, el Criador entró de nuevo en sus obras restituyendo á la naturaleza su inmensidad (2): es que la nueva creencia dispuso á los espíritus á buscar en el orden del mundo y en el aspecto general de la naturaleza, no tanto su belleza exterior, cuanto el testimonio de la grandeza y de la bondad de su Hacedor divino: es que el alma se acostumbró á ver en las

(1) Sobre la poesia de la naturaleza en la literatura India puede verse la nota 62 al cap. 1, t. 2. del *Cosmos*, en la que copia su autor las observaciones que sobre ella le remitió el sabio orientalista Mr. Teod. Glodstucker.

(2) Genio del Cristianismo, Lib. IV, cap. 1.

criaturas como un rastro, según dice en su lenguaje místico san Juan de la Cruz, del paso de Dios; de Dios que, como lo pinta en una de sus poesías:

Pasando por los sotos con presura
Y yéndolos mirando,
Con solo su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura (1).

La soledad de los desiertos; dice el autor del *Genio del Cristianismo*, tenida hasta entonces por espantosa, mostróse llena de encantos á las almas cristianas. Los anacoretas encomiaron, cosa no vista hasta entonces, las delicias de la roca solitaria y las dulzuras de la contemplacion.

Como era natural, las primeras muestras del nuevo modo de sentir el universo se encuentran en las obras de los Santos Padres. San Basilio que, como la mayor parte de aquellos doctores que visitaron ó vivieron en las Tebaidas cristianas de la Celesiria ó del Egipto, se retiró por fin á un desierto de la Armenia, al pintar las dulzuras de las noches eternamente serenas del Asia Menor, nos habla de sus astros, flores inmortales del cielo, que elevan el espíritu del mundo de lo visible á lo invisible (2).

San Gregorio Niceno habla también de la profunda melancolía que infunden en el ánimo las eternas y regulares transformaciones á que está la naturaleza sujeta; de la armonía que existe entre las fuerzas misteriosas de esta y el alma, y de lo pequeño que encuentra al hombre comparado con la grandeza del universo el que contempla á este con los ojos del espíritu (3); y san Juan Crisóstomo llega hasta considerar como mezquinas y de ningun valor las obras del arte cuando, en la calma de su corazón, admira el nacimiento del sol, derramando su luz dorada sobre la tierra; ó bien cuando, recostado en la orilla de un arroyo sobre la yerba espesa y á la sombra de los copudos árboles, apacienta sus ojos en una vaga lontananza que se pierde en la oscuridad (4).

Creo excusado advertir que sobre este carácter general; sobre este tinte de melancolía y sublimidad que esparció el cristianismo en la naturaleza, y por

(1) San Juan de la Cruz, *Diálogo entre el alma y Cristo su esposo*.

(2) *Basilii Homiliæ in Hexameron*, citado por Humbold.

(3) *Gregorii Nysseni, Opera*, citado por el mismo.

(4) *Joannis Chrysostomi, Opera omnia*, citado por el mismo.

consiguiente en la poesía que en ella se inspira, imprimieron el suyo particular y derramaron los mas variados colores las diferentes razas que, abriendo su alma y su corazón á la luz y al fuego vivificadores de esta divina creencia, vinieron á juntar los tesoros de sus sentimientos y genio poéticos con los de los pueblos por ellos vencidos; como creo igualmente inútil hacerlos notar la influencia que en este género de poesía debieron ejercer, así las primitivas supersticiones de las razas germanas y escandinavas, las cuales al poblar el mundo de seres sobrenaturales de carácter por punto general fantástico y dotados de instintos malignos, contribuyeron no poco á acrecer el natural horror que las grandes escenas de la naturaleza producen; como los hábitos de vida nómada y aventurera de los poetas de los siglos medios, minnesingers, troveras y trovadores que, viviendo en mas íntima comunicacion con el universo, hicieron de sus descripciones, por lo general ligeras y fugitivas como su propia existencia, ó el tema de ciertas composiciones, cual en las pastorelas, ó como una preparacion ó poético prelude para disponer el ánimo de su auditorio á los sentimientos que querian despertar en ellos.

Permitidme que huyendo de los detalles de la historia literaria que me obligarian, en perjuicio de la brevedad, á citar ejemplos así de los poemas heróicos de la vieja Alemania, como de los cantos de los poetas franceses y provenzales, y de la grandiosa epopeya «en que pusieron la mano el cielo y la tierra,» La Divina Comedia, me traslade á los tiempos mas cercanos á nosotros, por mas que me sea forzoso pasar en silencio cuestiones tan importantes, como el averiguar si el contacto con los árabes de España, en los mejores tiempos del califato de Córdoba, ó las relaciones de los cruzados con los musulmanes del Asia Menor, de la Palestina ó del Egipto, fueron causa de que se enriqueciese con nuevos elementos la poesía de la naturaleza, y si se dejó sentir en ella y hasta que punto la influencia de los libros sagrados ó de los poemas persas, y otras de no ménos interés y amenidad para los aficionados á las literarias investigaciones.

Corria la mitad del siglo xv cuando la Europa, que acababa de salir de las supuestas tinieblas de los tiempos medios llevando en la mano el invento de Guttemberg, — antorcha ó tea segun el uso que de él se haga, — vuelta atrás la vista como para contemplar las ricas y variadas joyas del arte cristiano en sus diversas manifestaciones que en pos de sí dejaba sembradas, y dirigiéndose hácia lo porvenir con aliento varonil y llena de esperanzas de aumentar sus tesoros científicos y artísticos, cuando se vió desviada de su camino por algunos sabios educados en las escuelas de los sofistas griegos, quienes dándole á entender que todo habia sido oscuridad, imperfeccion y bárbaric en los pasados siglos, la llegaron á convencer de que era fuerza depurarse y robustecerse bañándose en las para aquellos crista-

linas fuentes del arte y del saber paganos. Si no hubo entónces por fortuna quien paseara la incendiaria tea sobre el mundo para borrar de él los venerandos y sublimes monumentos del arte cristiano, no faltaron quienes, por romper con lo pasado, hacinaron no pocas ruinas que aguardan todavía el nuevo y original monumento que debe reemplazarlas; y si no se halló quien arrojára á las llamas las obras que debian, segun los nuevos sabios, seguir contaminando con la triple locura de la fe, del entusiasmo y de los sentimientos caballerescos á los hombres, á la manera que el ama y la sobrina del buen Hidalgo manchego lo hacian con los malhadados libros causantes de las andantiles manías de su señor y tío; no faltaron quienes, anatematizando todo lo viejo, interrumpieron cuando menos el hilo dorado de la tradicion: si es que no limitaron el vuelo á que iba á arrojarse, rica en fuerzas y de esperanzas colmada, la moderna Europa.

A aquella evolucion se le dió el nombre de renacimiento. La ciencia, pero mas que esta el arte, debió sentirse doblemente lastimado, ya que á la sentencia por la cual se le condenaba á morir para lo futuro, se añadia la humillacion del desprecio por su vida pasada. No hay que recordaros lo que sucedió con aquel en sus diversas manifestaciones. Todos sabeis como fué tratado el ingenio creador y, mas que en ninguna otra época de su desarrollo histórico, original y religioso que habia ideado la catedral de Colonia, inspirado al Dante su trilogia y sus cuadros al beato Angélico y al Giotto.

Era de esperar que, como mas subjetiva, la poesia lirica y con ella la de la naturaleza, que de mas que de ningun otro debe participar de este carácter, conservase, si bien depurada su forma artistica, el sello que el cristianismo le imprimiera, y continuase nutriendose de los mismos sentimientos é ideas de que habia hasta entónces vivido; pero como la destructora riada del llamado renacimiento y, un poco mas tarde, la turbulenta avenida de cenagosas aguas á que se dió el nombre de reforma enturbiasen las del arte hasta en sus manantiales, cúpole á la poesia en general y de un modo mas especial á la de la naturaleza, la misma aflictiva suerte que á las demás manifestaciones del humano ingenio. El arte con aspirar á hacerse clásico degeneró en pagano; y artistas y poetas si como hombres continuaron prestando culto, bien que con menos fe y con intencion no tan pura, á lo que adoraron sus padres, á fuer de sacerdotes de aquel arte, — dualismo lamentable! — se creyeron obligados á quemar prestado incienso á las resucitadas dcidades del Olimpo. En aquella especie de vértigo de imitacion que se apoderó de todos, teniéndose por mas favorecido del númen el que era en la imitacion mas servil ó mas afortunado, no se supo discernir lo accidental y artificioso del enjendro artistico de lo que en él hay de esencial y expontáneo; y

de esta suerte, porque en ciertos casos y en algunas artes se mejoró la forma con el estudio y la bien entendida imitación de modelos tenidos como casi inmejorables, se creyó haber llegado á la suma perfección del ideal artístico con solo que se sujetára al poeta á pensar, imaginar ó sentir como un griego ó un romano.

Aun cuando no tuviéramos ninguna noción de la historia literaria desde la época del supuesto renacimiento hasta los tiempos mas cercanos á nosotros, seria fácil adivinar que suerte debia caber al género que nos ocupa desde el momento que cayó en el pseudo-clasicismo. Dos poetas, cortesanos entrambos y á quienes mas que el amor de la naturaleza, á uno de ellos no extraño, movió á celebrar la vida de los campos, ó el deseo de contraponer á la agitada existencia de la corte la dulcedumbre y paz de la de las campiñas; ó el propósito de satisfacer, á la par que idéntico deseo, una deuda de gratitud al generoso César que le habia devuelto sus tierras, habian en la antigüedad acertado á inventar un género en que lo falso de lo ideal quedó, cultivado por ellos, como eclipsado por la novedad y belleza de la forma: y hé aquí que los poetas de la flamante escuela lanzáronse á centenares tras las huellas de los dos mas afortunados cantores de la existencia pastoril, Teócrito y Virgilio. ¡Si al ménos hubieran acertado á imitar, á la par que sus formas, en lo cual estuvieron no pocas veces felices, del primero lo pintoresco de los detalles y la brevedad de las descripciones; del segundo la concisión casi homérica de sus pinturas, y el sentimiento de simpatía que hace que ponga algo de su corazón en sus cuadros de la naturaleza, y por lo cual se le ha podido llamar poeta de las cosas íntimas! Mas por desgracia no se prendaron ni supieron copiar mas que lo que hay de convencional en el género, con lo que, exagerando sus defectos, llegaron en muchas de sus obras hasta los confines del ridículo.

Seria malgastar el tiempo detenernos en hablar de esta especie de poesía que ya nadie cultiva, y no porque, como sin ninguna razón pretende el Sr. Lista, hubiesen puesto los románticos todo su empeño en desacreditarla, sino porque no puede subsistir lo convencional y falto de verdad mas que lo que el falso gusto que lo sostiene dure. Y que carecia de ella declarábanlo, sin echarlo de ver, sus mismos y mas afortunados cultivadores, tales como el Tasso cuando se gloriaba de haber igualado á las mas doctas lirás las rústicas zamponas:

e questo é pure
Suprema gloria e gran miracol mio
Render simili alle piu dotte cetre
Le rustiche zampogne !...

(AMINTA.)

y nuestro Cervantes cuando salvaba de la hoguera por mandato del cura, y calificaba de joya preciosa el *Pastor de Filida*, nada más que por no tener nada de pastor y sí mucho de discreto cortesano.

Hé aquí como caracteriza nuestro buen amigo D. Manuel Milá esta falsa poesía de la naturaleza. « En breve se vieron el gaban con caperuza y el sombrero de paja de nuestros campesinos unidos á las pieles de oso con que cubrian á Acis; se vió al resplandor de los fuegos de san Juan al dios cieguetzuelo con venda y arpones. Transformados los poetas en pastores, sabian á duras penas en tan violenta situacion que juicios, que afectos fingir; y así es que á pesar de la *dulzura de su avena y de las lecciones de Apolo y del sábio Elpino*, no tardaron, despues de acudir á farsas mitológicas, en valerse de discusiones metafísicas sobre sus imaginados amores. Y esta galanteria ingeniosa y afectada que nació en las *cátedras de amor* de la edad media... puesta en boca de unos seres procedentes de la Arcadia y del Olimpo, vino á ser la jerga mas ridicula y dislocada. » — « No hay que buscar por ahí, añade en seguida, ásperas sierras, impetuosas cascadas, bosques incultos: se evitan los colores que pudiesen ofender á los ojos delicados, como se hiciera en la decoracion del mas elegante aposento: parece que la naturaleza consiente en revestirse de un tapiz artificial, con el fin de que no se lastimen los blancos piés de los labradores, ó mas bien de los cortesanos disfrazados de campesinos, cuya ocupacion es amar y cantar tercetos, octavas etc., desde que *empieza la aurora á derramar rosas hasta que Apolo desata los bridones de su dorado carro* (1). »

Y lo peor fué que lo copioso de la cosecha corrió parejas con lo estéril de los frutos por ella producidos y con la abundancia de las fuerzas intelectuales malogradas en su cultivo. Habia transcurrido un siglo escaso desde que se dió á la estampa la Arcadia de Sannazaro, que fué en 1504, y se contaban ya, únicamente en las literaturas neo-latinas, mas de 200 pastorales. Y puestas á parte las novelas de este género, ¿quién es capaz de calcular los volúmenes de eglogas é idilios que podrian formarse con las de solos nuestros poetas? Y cual si no bastara esa liga de mal encaminados ingenios, á no pocos de los cuales contagiaron, en menoscabo mayor del arte, los sábios desvarios del culteranismo, para acabar con la verdadera poesia de la naturaleza, vino á prestarle su poderoso auxilio, armado con la tijera mutiladora y la niveladora regla de Le Notre, el arte

(1) *Compendio del arte poético*, pág. 76.

de los jardines, digno hermano del barroquismo arquitectónico, el cual imitador, como su otra hermana la poesía culta, de los italianos, que lo eran á su vez de los romanos sus antepasados, destruyó la naturaleza donde quiera que logró meter sus funestos instrumentos. Y aun gracias que, tímido en la imitación, no la llevó hasta trazar figuras de buques y de animales en los árboles, ni escribir con ramas recortadas, como se vió mas de una vez en las villas romanas, el nombre de su dueño (1); ni le dió el capricho, que nada hubiera tenido de extraño atendido el gusto dominante, de empolvar, al par de las pelucas de los nobles que lucian sus galas por los simétricos y bien peinados jardines, los árboles que les prestaban sus bien perfiladas sombras.

Aunque no tan pronto como hubiera sido de desear aquello pasó, quedando para gloria del arte cuyos rayos luminosos se abren siempre paso por algunos resquicios, por mas que los intercepte el humo de las preocupaciones, ya que no obras perfectas en todas sus partes, pues el género no las consentia, no pocos pasajes notables por la inspiración poética y por el sentimiento de la naturaleza que en ellos se revela. Prescindiendo de las literaturas francesas é italianas, los que han manejado nuestros poetas clásicos saben bien que no es raro encontrar en los bucólicos, apesar de lo amanerado del género, algunos pasajes llenos de poético encanto y que mas que á jazmines y rosas huelen, por decirlo así, á tomillo y romero.

Los franceses han dicho de Rousseau que fué el primero que *puso verde*, —qui mit de vert, — permítasenos lo literal de la traducción, en la naturaleza. Sin detenernos á discutir la verdad ó falsedad de la frase en su rigoroso sentido histórico, ni lo que tenga de mas ó ménos ingenioso y feliz en su acepción gramatical, la aceptaremos en cuanto se ha pretendido significar por ella que, por espacio de mas de dos siglos, estuvo como muerto en la poesía el sentimiento de la naturaleza; que con ser tantos los que hacian alarde de tomarla por objeto de sus cantos, ora cual fondo de cuadros de escenas pastoriles, ora cual asunto principal en poemas descriptivos, ninguno acertó á tratarla cual debia serlo; y que comenzó para ella una nueva era en cuanto fué celebrada por ingenios que educados, por decirlo así, en su regazo, conocedores de sus misterios y de sus secretas armonías, habiendo vivido en íntima comunicación con ella y dotados de

(1) Plinio, *Hist. nat.* Lib. XVI, cap. 33-60.—Plinio el Joven, Ep. V, 6, § 16.—Marcial habla de un oso de verdura que era tenido por una obra maestra en este género. III, 19.

un corazón capaz de amarla, tales como Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre, Buffon, Goethe, bien que con ciertas reservas, y más recientemente Chateaubriand, Humboldt, Lamartine, en los mejores tiempos de su vida poética, se inspiraron en el misterioso aliento que de ella se exhala, y supieron comunicar á los demás el amor que por ella sentían.

Tal es, á grandes líneas bosquejado, el camino que al través de la antigüedad clásica y del mundo cristiano ha recorrido la poesía que nos ocupa.

De escasa importancia y de ménos provecho sería este nuestro humilde trabajo si, limitándonos al papel de simples narradores, no procuráramos, siquiera sea con desconfianza del acierto, añadir á la exposición histórica de los hechos y á las reflexiones que nos han sido sugeridas por la lectura de eminentes críticos y por nuestras propias meditaciones, algunos avisos, ó si se quiere observaciones de utilidad práctica acerca la manera como consiente en ser tratada la poesía de la naturaleza.

Es la primera que nos sale como al paso que esta, no tan solo no gana, sino que por lo contrario pierde mucho con que se pretenda hacer de ella un género aparte, ya sea en poemas puramente descriptivos, productos artificiales de literaturas decrepitas, siquiera sea un Thompson quien trace sus cuadros y los colore á trechos con las vagas tintas de una melancolía cristiana; ya sea en obras en las cuales, siendo la pintura de la vida de los pastores ó las descripciones de los trabajos agrícolas el asunto principal, entran las del mundo físico como fondo de este, por mas que sea un Virgilio, modelo en su género, quien para ello saque de su paleta con sobriedad y oportunidad inimitables los colores más apropiados. Y es que al pretender hacer de la descripción del universo ó de la vida del campo un género de poesía particular, se ve el poeta expuesto, como observa Federico Schlegel, á incurrir en repeticiones y á caer en extravagancias ó por huir del fastidio ó por ir en pos de la originalidad: es que en uno y otro caso imposible es casi no dar en lo falso, ó por evitar el realismo, escollo de esta clase de obras, ó por aspirar á un idealismo irrealizable, supuesto que no tiene por punto de partida la realidad: es que en unas y otras producciones, así en las puramente descriptivas, como en las pastoriles, hay que atender con dañosa preferencia á los detalles, á la exactitud de los contornos, á la viveza del colorido, en una palabra, á la parte plástica, á lo que satisface á los sentidos; siendo así que la poesía de la naturaleza debe alimentarse y se alimenta con preferencia de lo característico, de lo vago, de lo misterioso, de lo infinito que hay en ella, cosas todas que ni debe el arte prodigarlas, ni puede sentir las más que de paso el alma, si criada para fuertes impresiones, no templada para gozar de ellas mucho tiempo.

Encuétrase apenas la naturaleza, ha dicho Villemain, en los poetas que han pretendido pintarla, mientras que se halla admirablemente descrita en Homero, Dante y otros grandes ingenios; y Humbold, autoridad de gran peso en esta materia puesto que á una vastísima erudicion literaria y á un juicio crítico delicadísimo une un instinto admirable para comprender la poesia del universo, no solamente hace igual observacion, sino que aduce gran copia de testimonios sacados de todas las literaturas para confirmarla. En la nuestra y en especial en nuestros poetas dramáticos, de suyo inclinados á trasladar á los campos los argumentos de sus comedias, se hallan, cuando aciertan á desprenderse de los falsos adornos del culteranismo, pasajes impregnados de verdadera poesia de la naturaleza, y llenos del perfume y del misterioso encanto que nos place encontrar en ella.

De entre los pueblos que nos son mas conocidos por ventura ningunos han vivido en mas íntima comunicacion con el mundo exterior, aun despues de pasar del estado de nómadas al de naciones sedentarias, que los hebreos y los indios; aquellos por los hábitos de su vida y sus creencias; estos atraidos á su trato por lo ameno á la par que grandioso de sus escenas, y á su contemplacion por sus ideas panteistas; y con todo ni en uno ni en otros se encuentra representada la naturaleza en sus poesías « como dotada de una existencia aparte, son palabras del ya citado Humbold, ni con derecho á ser descrita por su belleza propia (1). » Muéstrase sí en el pueblo hebreo en sus relaciones con el poder espiritual que la gobierna desde lo alto, y con el hombre tan solo por su parte moral, rarisimas veces por la fisica; aparece para la nacion que vive en las orillas del Ganges como una emanacion de la divinidad y en contacto íntimo con el ser en mas alto grado inteligente y paciente, ó sea el hombre, entre cuya existencia y la del universo hay una como-mútua pero vaga comunicacion de afectos y sentimientos, una como indecisa corriente magnética por medio de la cual se hablan, comprenden y completan reciprocamente.

Otra de las observaciones que deben tenerse presente, y no de menos importancia, es que para que se despierte en nosotros el sentimiento de la naturaleza y pueda esta interesarnos, es indispensable que sus cuadros ó se refieran al hombre ó estén animados por su presencia. Y esta condicion que calificamos de necesaria aun despues que el Criador, entrando de nuevo en su obra, como mas ar-

(1) Cosmos, lug. cit.

riba decíamos, le dió vida propia, debió serlo mucho más, si cabe, en la antigüedad pagana la cual, al lanzar al supremo Ser del universo para poblarlo de divinidades humanas, de personificaciones que debian ser para ella lo que las frias estatuas de mármol para nuestros jardines, lo dejaba sin voz y como muerto. Ello es que, fuese por instinto ó por cálculo, griegos y latinos animaron con la figura humana ó refirieron á ella sus pinturas del universo. Y sin embargo ¡ cuánta ventaja no les llevan tambien en esto los modernos poetas originales! Porque al colocar el arte clásico al hombre en el paisaje y al buscar las relaciones que entre el uno y el otro existen, fijábase casi exclusivamente, y así debia ser atendida su manera especial de considerar la vida humana y el universo, en la parte física, en el exterior del uno y del otro. Así Homero, por ejemplo, tan aficionado á buscar sus semejanzas en la vida agrícola y pastoril, compara comunmente sus héroes á los leones, á los javalies y á los toros, con lo cual nos da sin duda la medida de sus fuerzas físicas, pero no la de la profundidad de sus sentimientos y de la grandeza de su corazon; mientras que en Osian ó el que usurpó acaso su arpa melancólica ó le añadió nuevas cuerdas, y cual en él en muchos poetas modernos, los torrentes, los bosques, las olas del mar, los vientos y las nubes ocupan el lugar que en el autor de la Iliada, los leones y los tigres. Y si bien no dejaron aquellos, y en especial los romanos, de describir á veces el mundo exterior en sus relaciones con el hombre moralmente considerado, ó lo que es lo mismo, de asociar la naturaleza á los sentimientos humanos tales como el amor, la alegría, la tristeza y el dolor; y de ello nos ofrecen repetidos y felices ejemplos Virgilio, Horacio y Tibulo, tambien en esto, ó por mejor decir, mas especialmente en esto en que fueron fecundísimos los poetas indios, admirables los bíblicos, y Job mas que todos, son y debian por precision ser sobresalientes los modernos, quienes, herederos de la lira de los profetas y del arpa de los bardos, conocen todas las voces que despide, y con que canta, rié, gime, llora, dice sus amores ó sus quejas el instrumento divino á que damos el nombre de universo.

¡ Oh! si pudiéramos detenernos en esta parte de nuestro trabajo y demostrar con ejemplos sacados de todas las literaturas cuán superior es en ella la poesía de la naturaleza nacida bajo el soplo de la inspiracion cristiana, sobre todo cuando se halla esta vigorizada por las santas brisas de la hebráica y por las misteriosas auras de las del norte, á la poesía del mismo género nacida del paganismo y hasta á la inspirada por el panteismo indio!

Fuerza es no obstante convenir en que se ha abusado, y no poco, de las ventajas que á nuestro modo especial de ver y sentir el universo debemos al hacerle intervenir en la expresion de nuestros afectos; al buscar las íntimas y secretas

relaciones que con el alma la unen; al hacer de ella ó un confidente simpático de nuestros dolores;

le deuil de la nature
Convient a la douleur et plait a mes regards,
(LAMARTINE).

ó un testigo indiferente de nuestras aflicciones;

L' air joue avec la branche au moment ou je pleure.
(V. Hugo).

Cuéntase de Delille que se alababa de haber descrito no sé cuantas puestas de sol y nacimientos de la aurora. No hay que recordar las innumerables que de amenos y regalados valles, y de apariciones del brillante Febo en los dorados balcones de oriente saludadas por los cantos de pintados pajarillos se encuentran en nuestros poetas bucólicos. Mas cuántos de los modernos poetas, en especial los melancólicos, los quejumbrosos, plaga empalagosa que por fortuna va disminuyendo de cada día, pudieran ofrecernos una suma, y no pequeña, de cuadros de noches de luna, ya serenas, ya con nubes, según debian servir de fondo á tranquilas pláticas de amor ó á tempestuosas querellas de celos ó desdenes, si se entretuvieran en formalizar, al igual del cantor de los *Jardines* un inventario de todos los que han trazado.

Como quiera que sea, nunca la torpeza de unos será obstáculo para que no se sienta el corazón conmovido ante las sublimes pinceladas, piedra de toque de los grandes maestros y escollo de los ingenios adocenados, que de la naturaleza encontramos en los escritores privilegiados que la han sentido y amado; y no á la manera de Horacio y de los de su escuela epicúrea, como fuente de regalos para los sentidos, como contraste y descanso á lo mas de la agitada existencia de las ciudades;

Cur non sub alta vel platano, vel hac
Pinu jacentes
Potamus uncti. Dissipat Evius
Curas edacés. (1)

(1) Hor. II, oda 11.

sino como á una amiga cariñosa y tierna, dotada de una alma que, á la manera del eco, responde siempre á nuestros llamamientos.

Y como ciertas frases musicales logran conmovernos con igual fuerza cuantas veces llegan á nuestros oídos cantadas artísticamente, así también harán vibrar siempre las fibras de nuestro corazón las armonías que con abundancia inagotable arroja la naturaleza, por mucho que se las repita, siempre que sean oportuna y diestramente expresadas. Pues no porque nazca el sol y se ponga todos los días; ni sean más ó menos frecuentes las tempestades; ni levanten de continuo su atronadora voz los mares, y sin descanso se empujen y atropellen las olas para devorarse unas á otras al ir á morir en la playa; ni porque giman sin cesar con lastimero quejido los pinares; ni porque todos los años pisemos las crujientes hojas desprendidas de los árboles; y los ríos vayan hoy, como ayer, á sepultarse en el Océano en apacible carrera y silencio los unos, con agitado y tumultuoso curso los otros; ni porque cambien de continuo su vestido los llanos, ni los montes conserven siempre ceñuda la frente, ni brillen constantemente las estrellas, ni canten de la misma manera los pájaros, dejarán todos estos cuadros y sonidos de llevar el contentamiento ó la tristeza al ánimo que sepa comprenderlos, ni dejarán, vivificados por el arte, de despertar en él los sentimientos de que, á la vez que causa son unos como reflejos y ecos, siempre que acierte el artista á descubrir la especie de misterioso lazo que existe entre el alma y el mundo que la rodea, y que logre, y este es su mayor triunfo ya que es lo más difícil de alcanzar, hacer más significativos aquellos cuadros, aquellas voces más expresivas y disponer el alma á percibirlos más claramente.

El sentimiento de la naturaleza es pues y será siempre inagotable; inagotable porque lo es el universo en sus perspectivas; porque lo es en afectos el alma humana por más que pródigos inconsiderados malgasten locamente sus tesoros; y más aun que inagotable es susceptible de enriquecerse, puesto que la ciencia abre todos los días á su vista nuevos y dilatadísimos horizontes.

Luego, según esto; ¿creeis en la inspiración por la ciencia?

Nada extrañaríamos que se nos viniera haciendo este reparo. Estamos tan acostumbrados á considerar como dos polos opuestos la ciencia y el arte; se ha dicho y repetido tantas veces que no son las épocas de mayor cultura las más favorables á la imaginación y al sentimiento que, sin embargo de que vemos todos los días ser altamente fecundo el enlace de un saber vastísimo y de una inteligencia profunda con la fantasía más rica y la pasión más ardorosa, se consideran todavía como incompatible la ciencia de suyo árida y concentrada en sí misma, y la poesía por su índole comunicativa y amena. ¿Cómo armonizar en efecto el puro amor á la flor del

poeta que por no marchitarla, no se atreve á llegar á ella con la fria curiosidad del botánico que la coje, y la manosea y la descompone para analizarla? Blaze ha dicho que la naturaleza consiente en ser tratada poéticamente con tal que no se tome el artista aires de doctor con ella; y ¿cómo evitar que se caiga en la tentacion de hacerlo si se conocen sobrado á fondo sus secretos? El saber hace pedantes, y la pedantería lleva á la afectacion, y la afectacion es la muerte de toda poesía.

Nó, no es el saber; es el infundado orgullo nacido de la ilusion de la ciencia quien crea pedantes. Son los pseudo-sabios los que hacen alarde y prodigan sus menguadas y falsas riquezas con riesgo de quedarse á la mejor pobres, mientras que los sabios verdaderos haciendo un uso prudente de sus tesoros, enriquecen el arte sin empobrecerse ellos. Un mal pintor con unos pocos colores en la paleta hará acaso un cuadro chillon como un paisaje chino; los grandes artistas no por tenerla llena de tintas dejarán de dar á sus obras la verdad y sobriedad que el asunto requiera.

Es necesario tener cerrados los ojos á la evidencia para no ver que el moderno y verdadero renacimiento de la poesía de la naturaleza es en gran parte debido, dejando á un lado la influencia cristiana, al mayor y mas exacto conocimiento que del universo así en su admirable unidad como en sus numerosísimos detalles poseemos, gracias á los adelantos de las ciencias naturales y sobre todo á los viajes hechos con verdadera curiosidad y entusiasmo científicos á donde quiera que le ha sido dado al hombre sentar su atrevida planta. No pocas veces es el paisaje, dice Laprade, el que comunica al artista el espíritu con que lo describe, de suerte que el sitio hace al poeta, quien á su vez completa el sitio. Donde en efecto sino en los Alpes, en los mares de la India y en los bosques vírgenes de América aprendieron Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand á amar y á sentir la naturaleza, y el admirable instinto, que el arte perfeccionó sin duda, de comunicar este mismo amor y sentimiento á los demás? ¿A qué sino á la ciencia y á la contemplacion inmediata del universo en vastísimos y nuevos teatros debieron Buffon, y Forster y Humbold sus encantadoras pinturas?

No falta quien atribuya la pobreza y falta de variedad en el sentimiento de la naturaleza que se advierte entre los griegos y romanos á lo limitado de los horizontes en que vivieron sus poetas, unido al amor sobrado exclusivo hácia el paisaje que les rodeaba, harto bello en verdad para cautivar sus voluntades y para que pudieran prendarse de otra clase de bellezas naturales que la que les tenian como arrobados. Porque si bien, como en otro lugar dejamos apuntado, recorrieron unos y otros dilatísimas comarcas de muy distinto aspecto y clima que las en que vivian, fué escasa, por no decir enteramente nula, la influencia que en su poesía de la naturaleza obró

la vista de los nuevos paisajes. Y es que, visitándolos como conquistadores y no con curiosidad científica y amor artístico, ó habitándolos como desterrados y poseidos de una verdadera nostalgia, aquellas escenas que á sus ojos se ofrecían, por nuevas, por grandiosas, por expresivas que fueran, eran tan mudas para ellos cual siglos mas tarde lo fueron, salvas raras excepciones, para los españoles y portugueses que primero fijaron su planta en las ignoradas regiones de la América ó en las codiciadas playas del Asia oriental los magníficos cuadros que por vez primera ofrecíanse á sus atónitas miradas; cual lo serán siempre para los que no tengan ojos para verlos, inteligencia para comprenderlos y alma para sentirlos. Hay todavía mas, y es que cuando no se acierta á contemplar el universo por su lado poético, y en lugar de percibir sus bellezas, y sus misteriosas armonías y el religioso aliento que, á manera de silenciosa y oscura basílica, de sí despide, y su imponente conjunto, y la admirable relacion que existe entre sus poetas y el todo y en aquellas entre sí, y su sublimidad aterradora, cosas todas que hace mas perceptibles las ciencias, y solo se ve por su aspecto informe, amenazador, horrible, entonces en vez de atraer rechaza; en lugar de convidarnos con sus encantos nos ahuyenta con sus terrores, á la manera de esas selvas llenas de maleficios, pobladas de monstruos y ruidos espantables de las fábulas caballerescas; ¿y quién duda que son muchísimos los que así la ven y la comprenden?

¡ Oh! no vacilemos pues en penetrar tan adentro como nos sea posible en el universo mundo, alumbrados por la luz del saber que nos iniciará en sus misterios sin destruir su sublimidad; la despojará de sus terrores y hasta de sus peligros sin amenguar en nada su majestuoso aspecto; y sin darse ínfulas de maestra, sabrá instruirnos sin matar con áridas enseñanzas ni con adustas severidades nuestro entusiasmo artístico.

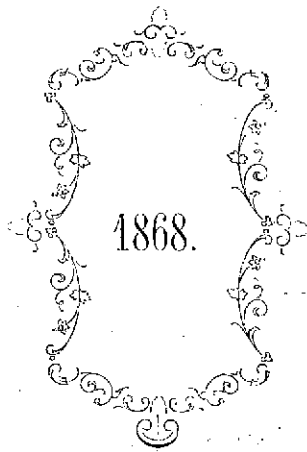
El mas ilustre á la par que mas apasionado amator del universo entre los modernos naturalistas nos tranquiliza acerca de esto, como quien sabe por experiencia propia cuan dichoso maridaje forman el mucho saber y la mucha poesía; como quien ha visto por sí mismo que puede darse á las descripciones de la naturaleza toda la exactitud de la ciencia sin por esto despojarlo del soplo de la imaginacion; como quien conoce que el secreto de este género poético está en que el observador acierte á descubrir el lazo que une el mundo intelectual y el sensible. Solo un escollo señala y es que el querer pintar la naturaleza no se caiga en la tentacion de prodigar los adornos exteriores; ó se hagan esfuerzos que puedan perjudicar á la impresion que se intenta producir.

Mas si apesar de todo hay quienes, temerosos de que pierda su aterradora sublimidad ante los resplandores de la ciencia, se detengan en el vestibulo de

esta inmensa morada de la Divinidad á que damos el nombre de universo, nosotros que de corazón lo amamos y que no acertamos á volver el pié ni la vista atrás por mas que lo sublime nos abruma, nosotros nos dejaremos llevar de la mano por ella, como por una madre cariñosa y discreta, é invitando á todos á que nos sigan, penetraremos tan adentro como podamos en el misterioso recinto; que no tememos que disminuya de un grado nuestro entusiasmo por la naturaleza, sino que por lo contrario esperamos que crecerá mas porque, por ejemplo, nos revele nuestra guía que nada hay en ella que no esté animado, y que existen seres vivientes así en la lava de los volcanes, como en los témpanos de los mares polares; ni porque al describir los inmensos páramos de la América del Sur animándose y palpitando, por decirlo así, bajo las pisadas del viajero, cual si estuvieran dotados de sensibilidad, al acercarse la estación de las grandes lluvias; ni al revelarnos la existencia de aquellos rios de aguas negras que se tornan de color de oro encerradas en vasos transparentes, y en las cuales se reflejan mas claras y brillantes las estrellas; y de las cataratas de los desiertos que triplican la intensidad de su rumor imponente en el silencio de la noche; y de la fosforescencia de los mares del Sur, espectáculo sorprendente sobre todos; y de las brillantes auroras que interrumpen de vez en cuando las larguísimas noches de las regiones polares, nos explique de paso las causas físicas de estos admirables fenómenos; ni porque nos descubra en fin tantas y tantas otras maravillas así del mundo que habitamos, como de los enjambres de astros que, multiplicados por los lentes teles-cópicos y medidos en su volumen y velocidad por los instrumentos matemáticos, parece que han multiplicado tambien hasta lo infinito el coro de voces con que á los oídos del Rey Profeta cantaban los ciclos la gloria del que los formó de la nada.

Laprade señala como una de las causas de la vuelta á los sentimientos religiosos despues de la breve pero funesta dominacion del voltcrismo, la influencia ejercida por una mas clara intuicion y por un sentimiento mas vivo y depurado de la naturaleza. ¿Seria por ventura temeridad aguardar la repetición del mismo efecto ahora que, á consecuencia del contagio de indiferentismo reinante, se hallan varios pueblos tan desviados de la fe como lo estuvieron algunos en el siglo pasado? A los que padecen de ciertos males y á los que temen contagiarse con ellos se les aconseja que salgan á respirar los aires puros del campo, como el mejor remedio á sus dolencias ó el preservativo mas eficaz para evitarlas; ¿porqué pues no hemos de confiar que hallarian en el puro amor de la naturaleza y en los sabrosísimos goces de su poesía un remedio, ó cuando ménos un consuelo á sus padecimientos morales, así los que sienten sus

corazones atormentados por el tedio de una existencia no iluminada por ninguna luz de verdad, como los que tienen sus espíritus agostados por los vientos del escepticismo? ¡Tiene aquella tantos secretos encantos, tantas armonías dulcísimas, tantos resplandores divinos para las almas atribuladas y aturdidas por el tumulto de las pasiones y ofuscadas por los humos del error! Repítese todos los días y en todos los tonos que la sociedad está enferma. Infinitas son las voces que aumentan su malestar hablándole continuamente de sus males, y hasta muchas veces dándole á entender con sus ademanes de fingida compasión que se les tiene por incurables; escasas las que se toman el grato trabajo de indicarle sus remedios. Nosotros que para sus dolencias morales tenemos confianza en la eficacia del que le proponemos, le repetiríamos una y cien veces: « Salga la enferma al campo; bañe su corazón en el puro ambiente que del universo se exhala, su alma en las celestes auras y en los rayos de luz divina que respira, por decirlo así, por todos sus poros y cuando se halle, perdóneseme la frase, como empapada en ellos, sentirá á Dios dentro de sí y se hallará fortalecida, llena de vigor y sana porque se sentirá creyente. » — He dicho.



1868.